



NORTEAMERICA RECHAZA EL EXTREMISMO

THOMAS
BUCHANAN:

"Johnson
supo por
los mo-
dernos
equipos
electrón-
icos
que ven-
cería sin
dificul-
tades"

E. HARO
TECLEN

"Encierto
modo, la
derrota
de Gold-
water es
un desa-
gravo a
Kennedy
por su
muerte
brutal"



Nadie creyó demasiado, en ningún momento, en la posibilidad de una victoria de Goldwater, y, de hecho, la de Johnson ha supuesto tanto como un «sí» a Kennedy —que gana una batalla después de muerto— un «no» rotundo al extremismo del senador republicano.

SIGUE

Escribe **THOMAS BUCHANAN** desde Washington:

RADIOGRAFIA DE UNAS ELECCIONES DECISIVAS

Las elecciones americanas de 1964 se han convertido en una victoria arrolladora de Johnson que ha confirmado dos tendencias establecidas en los Estados Unidos desde la era de Roosevelt:

1. En cualquier momento en que las cuestiones domésticas hayan sido las más importantes, los votantes de los Estados Unidos han seleccionado para Presidente a aquel candidato cuyos puntos de vista estaban conectados con los de la tradición liberal.

2. En aquellas elecciones en las que se ha debatido la política extranjera de los Estados Unidos, los votantes han preferido aquel candidato —conservador o liberal— que ha ofrecido menos posibilidad que su oponente de conducir la nación a la guerra. La mayor parte de los americanos no están a favor de una política extranjera agresiva y nunca lo han estado. En cualquier momento en que esta cuestión ha sido planteada, ya sea por Eisenhower o por Lyndon Johnson, siempre ha sido de importancia decisiva.

LA naturaleza excepcional de la victoria de Johnson proviene del hecho de que, por primera vez en dos décadas, los demócratas han tenido este año la oportunidad de presentarse no sólo como campeones de una legislación doméstica liberal, sino también como «partido de la paz». Lyndon Johnson, que se beneficia de los logros de Kennedy, ha vuelto a adquirir el papel que Truman perdió en su preocupación por la guerra fría y por Corea. Recordaremos que la muerte —no una decisión popular— fue lo que le hizo trasladarse por primera vez a la Casa Blanca. Conservó ese cargo en 1948, apoyándose en los asuntos domésticos. Aunque este hombre había cambiado la política extranjera de los Estados Unidos completamente desde la muerte de Roosevelt, la nueva doctrina Truman no fue seriamente debatida en la campaña de 1948, puesto que el republicano Thomas E. Dewey estaba en lo esencial en pleno acuerdo con él. Truman tenía el apoyo de los obreros y de los negros, cosa que había heredado de Roosevelt, y esto le fue suficiente para ganar la elección, aunque se había producido una gran indignación pública acerca de ciertos escándalos en los que se vieron envueltas algunas figuras del Gobierno, cosa que hizo que ganara las elecciones sólo por un margen muy pequeño. La guerra de Corea, unida en la mente pública a Truman y al partido demócrata, le costó a este último perder la elección de 1952. Al principio de este conflicto armado, la mayor parte de los americanos habían creído que las fuerzas de los Estados Unidos alcanzarían una victoria fácil y rápida, y aunque no existía gran entusiasmo por una guerra que Truman había descrito diversas veces como nada más que una «acción policial», tampoco sufrió una gran oposición en sus comienzos. Al llegar las

elecciones de 1952, por otra parte, las listas de bajas habían alcanzado unas dimensiones tales que se hizo evidente que América tendría que escoger entre la expansión de la guerra, provocada por un ataque al territorio chino, que nos pondría en peligro de un conflicto armado, y la paz negociada. Dwight Eisenhower, aun siendo un militar, prefirió la línea de la moderación, ganándose así el apoyo de millones de votantes que anteriormente habían respaldado a Roosevelt y a Truman. Los seguidores independientes —y en muchos casos liberales— de Eisenhower, ordinariamente se hubieran visto más atraídos por la plataforma doméstica de los demócratas, pero enfrentados con la continuación indefinida de la peligrosa aventura de Corea, dieron la prioridad a las cuestiones extranjeras antes de las domésticas y prefirieron, en un número avasallador, apoyar al candidato que presentaban estaba mejor situado para salvaguardar la paz americana.

Una consideración similar ha jugado un papel de la mayor importancia en 1956, época en que Stevenson se enfrentó una vez más con Eisenhower. Los republicanos se presentaron como defensores de la paz y de la prosperidad, recordando a los votantes que todas las guerras recientes ocurrieron bajo un Presidente demócrata. En la noche de la elección, la política extranjera fue sacada a plena luz por la crisis de Suez, en la que Stevenson se convirtió en campeón del aumento de la ayuda de los Estados Unidos a Gran

Bretaña, Francia e Israel, mientras que el Presidente era resueltamente hostil a una tal intervención. Este fue reelegido, aunque los republicanos perdieron la mayoría de los cargos del Congreso y de los Estados, en los que los asuntos domésticos eran decisivos.

En 1960, Kennedy no ofreció ninguna alternativa clara a la política exterior de Eisenhower. Lo único que defendió fue la necesidad de hacerla más «dinámica»; no propuso ningún otro cambio de importancia en esta dirección. En 1960 los votantes estaban más interesados en los asuntos religiosos, y gran cantidad de seguidores de ambos partidos votaron por o contra él, sólo sobre la base de que Kennedy era católico. El hecho de que se pensaba que era más liberal que Richard Nixon le ayudó a conseguir una débil victoria.

La política extranjera, elemento de controversia

Sin embargo, en 1963, otra vez la política extranjera se había convertido en un gran elemento de controversia, en el que la proscripción de las pruebas nucleares y la política de coexistencia pacífica estaban sometidas al fuego graneado de los dirigentes militares y de los republicanos del ala derecha, de los que Goldwater se convirtió en portavoz. El asunto doméstico que atrajo más la atención fue, sin duda, la cuestión racial.





Ya desde la Convención del Partido Demócrata, celebrada en Atlantic City (Nueva Jersey), se vio claro que Johnson sería el Presidente USA para el próximo cuatrienio. La nominación de Hubert H. Humphrey para vicepresidente fue acogida clamorosamente, y, después, a lo largo de la campaña presidencial —que este año ha revestido caracteres de especial e inusitada suciedad—, a Johnson le bastó con «ser él mismo».

Lyndon Johnson dio a entender desde los primeros momentos que siguieron al asesinato de Kennedy, que él pensaba seguir con las políticas interna y externa en las mismas directrices que su predecesor; cuando los republicanos nombraron a Barry Goldwater como oponente suyo, se vio evidentemente que en 1964 los candidatos iban a tener la oportunidad de discutir sobre asuntos básicos, más bien que limitarse a competir sobre la base de un mero contraste de personalidades.

El que la campaña degenerara al final en la obscenidad y en la trivialidad, no debería borrar a nuestros ojos el hecho de que, sin embargo, en el fondo se estaban discutiendo cuestiones importantes.

Entre ellas, la que potencialmente era más importante es la del Vietnam. Esta es la zona en la que las políticas extranjeras de Kennedy y de Johnson han sufrido el fracaso más visible. El Vietcong está ahora recogiendo impuestos en 40 de las 43 provincias del Vietnam del Sur, y la dramática «razzia» llevada a cabo el día de las elecciones sobre una de las bases más importantes de nuestra aviación, demostró la bancarrota de la política existente en el Vietnam. Una vez más, como en Corea, parece que nos enfrentamos con la elección entre incrementar nuestra intervención armada, corriendo con ello el riesgo de desencadenar una guerra mundial, y retirar nuestras fuerzas, aceptando la neutralización del área.

Por increíble que parezca, Goldwater no fue capaz de sacar el menor beneficio de la serie de derrotas que la Administración ha sufrido en sus esfuerzos por mantener un régimen pro americano en el Vietnam. Tuvo razón al afirmar que, actualmente, el Gobierno de los Estados Unidos no tiene ninguna política a largo plazo destinada a este país; pero tras cada una de las crisis que se plantearon tuvo que improvisar desesperadamente una explicación contraria a Johnson. Sin embargo, la solución que propuso fue lo que él llamaba «una estrategia nueva, gananciosa», que tendría por resultado una intervención aún mayor. En una declaración muy divulgada, de la que más tarde se retractó parcialmente, proponía que las armas atómicas podían ser, quizá, el mejor método de combatir las guerrillas comunistas. Esta propuesta, que provocó una reacción popular fuertemente hostil, fue más tarde modificada y convertida en «amenazar o cortar realmente las rutas de abastecimiento provenientes de China Roja, Laos y Camboya». Goldwater dijo que «quizá el miedo sólo fuera suficiente». Si no era así, pensó que la lucha en escala superior sería imprescindible y afirmó que quizá la tercera guerra mundial había comenzado ya en el Vietnam del Sur.

Lyndon Johnson, por otra parte, adoptó la posición de que los Estados Unidos «no buscan ampliar la guerra» en el Vietnam y, aunque la política propugnada por su Administración ha sido la de continuar el apoyo al Gobierno del Vietnam del Sur en tanto este régimen continúa con su decisión de lucha, la mayoría de los americanos creen que, después de la elección, el Presidente encontrará alguna fórmula que permita a los EE. UU. emprender negociaciones de paz. Así, con la ayuda de su oponente, más beligerante, Johnson se las ingenió para convertir la desastrosa cuestión del Vietnam en una ventaja a su favor.

Rusia, alternativa dramática para los votantes

En relación con Cuba, el candidato Barry Goldwater propuso que los Estados Unidos debían mandar sus barcos de guerra inmediatamente hacia la isla para imponerle un bloqueo naval y para detener el comercio de todos los productos, tanto militares como comer-

SIGUE

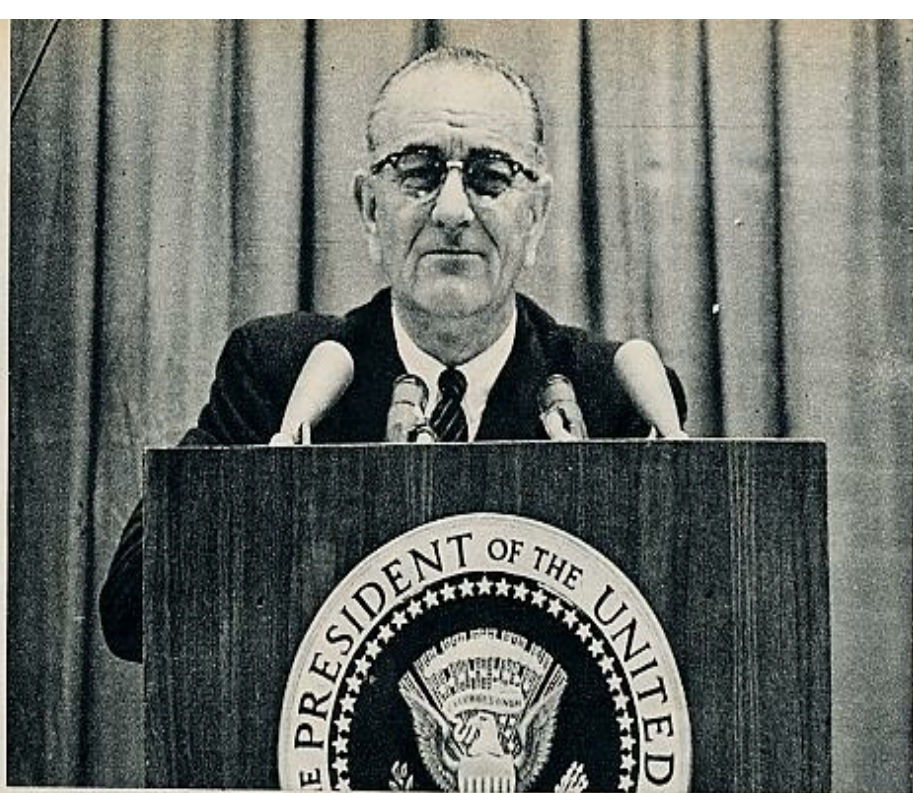
ciales, con este país. Dijo que en esto incluía tanto los autobuses británicos como los artículos franceses, así como todos los productos de Europa oriental. Propuso que los «marines» de los Estados Unidos fueran enviados a la base de Guantánamo para obligar al Gobierno de Castro a proveer de agua a las tropas americanas estacionadas allí, y dijo que los Estados Unidos deberían «entrenar y equipar a los refugiados cubanos y apoyarles en el desembarco con la adecuada ayuda aérea» en caso de una nueva invasión. Johnson limitó su acción anti-Castro a proponer un intento «de aislar a Cuba del sistema interamericano, de frustrar sus esfuerzos para destrozar los Gobiernos libres y exponer la debilidad del comunismo de tal manera que todo el mundo la pueda ver». Dijo que los Estados Unidos estaban tratando de persuadir a sus aliados para que redujeran su comercio con Cuba, pero que no proyectaban ningún intento de forzarles en este sentido.

Las políticas divergentes de los dos candidatos ofrecieron a los votantes una elección dramática cuando se trató de discutir el problema de Rusia. Johnson dijo que andaría «todos los caminos que un hombre honrado puede andar» para buscar la paz con los líderes soviéticos; Barry Goldwater acusó a la Administración de haber tratado «celosamente de entrar en tratos con el comunismo en cualquier rincón de la tierra». Este le dijo al público que se había opuesto al reconocimiento de la Unión Soviética por la Administración de Roosevelt y sugirió que los Estados Unidos debían ahora amenazar con retirar este reconocimiento «como un esfuerzo... para tratar de obtener que se cumplieran algunas cosas». Dijo que no había ninguna diferencia entre los chinos y los rusos y aseguró —aunque sin explicación alguna— que «gran parte de la Rusia industrial moderna es una creación de los contribuyentes americanos».

Aunque el Presidente había indicado que los Estados Unidos poseían más fuerza militar que «la fuerza combinada de todas las naciones de la historia de la Humanidad», fue acusado por su oponente republicano de realizar políticas que «tendían en realidad al desarme unilateral». Goldwater acusó que los Estados Unidos no habían desarrollado ningún tipo nuevo de arma en los últimos cuatro años. Johnson respondió anunciando «un sistema de fuerza aérea estratégica nuevo y de gran importancia», el RS-70. El principal debate entre los candidatos en este punto fue, sin embargo, la cuestión del control civil de las fuerzas armadas. El aspirante republicano a la Casa Blanca, que es actualmente comandante general de las Reservas, acusó a su adversario de «intentar descender el grado profesional de los militares» dando demasiado poder a la Secretaría de Defensa. Llegó a decir que el Presidente debería delegar al comandante de la NATO en la zona europea el derecho de ordenar el bombardeo con armas nucleares «relativamente de poca potencia», cuando desde un punto de vista militar pudieran ser empleadas en nuestra ventaja o beneficio. Goldwater describió las armas atómicas de este tipo como algo que había llegado a ser «convencional». Johnson replicó que, según su punto de vista, no había situación alguna que pudiera justificar que el Presidente delegara una responsabilidad tal. Dijo que la decisión de emplear tales armas era política, no táctica, e insistió en que el Presidente debía controlar el uso de la bomba atómica «en todas las circunstancias previsibles».

Un "extremista de extrema derecha" y un "defensor del centro"

Durante años, Goldwater ha expresado su desconfianza con respecto a las Naciones Unidas, y



Esta es la imagen oficial del Presidente de los Estados Unidos, encaramado a su pódium. Tras Johnson quedará siempre la imagen de su predecesor, Kennedy, al que sucedió a raíz del brutal crimen de Dallas.

sus seguidores más extremistas han sugerido que sería mejor que los Estados Unidos se retiraran ahora de la organización mundial. Tendencias similares con respecto al aislamiento de los Estados Unidos han sido emitidas por Goldwater en su discusión acerca de las relaciones con los aliados americanos. Dijo que los programas de ayuda al extranjero habían sido «un gran fallo» porque, en muchos casos, no habían evitado el avance del comunismo, y abogó porque tal ayuda fuera cortada drásticamente. El Presidente respondió que la continuación de estos programas era esencial tanto para «nuestro propio interés» como para «nuestros ideales nacionales».

En su programa doméstico, Goldwater abogaba por un retorno a las políticas del «laissez-faire», que políticos de los dos partidos habían ya abandonado desde la depresión de 1929. Propuso la abolición o un serio acortamiento de la mayor parte de las medidas de bienestar social de las últimas tres décadas. El ataque de Goldwater se extendió hasta el mismo programa de seguridad social de América, que es considerablemente más restringido que el que prevalece en la mayor parte de los países de Europa Occidental.

El candidato republicano, aunque se había descrito a sí mismo como un conservador, se encontraba en la paradójica posición de proponer cambios de la mayor importancia en la legislación doméstica, mientras que era al Presidente a quien le urgía la preservación del «statu-quo». Johnson le denunció por rechazar muchas cosas del pasado que merecían la pena que fueran conservadas, y dijo que Goldwater no era un verdadero conservador, sino un extremista de extrema derecha. En un país en donde el público ha sido educado en la creencia de que la moderación es la virtud más grande, esto dio a Johnson la inmensa ventaja de presentarse como un defensor del centro.

Goldwater dijo que el impuesto graduado sobre la renta no era justo con la riqueza: promovía el socialismo y destruía todo incentivo a realizar un trabajo duro. Dijo que se le debía conceder menos dinero al Gobierno para cuestión

de escuelas, de recreos, de viviendas particulares y de bienestar social. Según declaró, esto permitiría que el Gobierno redujera los impuestos. Johnson dijo que su Administración se encontraba alarmada por el gran número de americanos que no tenían trabajo y que se veían obligados a vivir sin la suficiente alimentación o bien sin una habitación o vivienda conveniente. Su oponente republicano se mofó de la proyectada «guerra a la pobreza» preguntando: «¿Conocéis a alguien que viva en una pobreza tan abyecta que se pueda calificar de miserable?» Johnson apoyó una nueva propuesta de ley que permitiría a los ancianos recibir atención médica gratuita que sería financiada por el programa de seguridad social de los Estados Unidos, al que contribuyen los obreros. Goldwater definió esto como una «medicina socializada» y se opuso a ello.

En su libro «Conciencia de un Conservador», escrito antes de la campaña electoral de 1964, Goldwater abogaba por una «pronta y final terminación del programa de subsidio a los granjeros», por el cual los granjeros de los Estados Unidos se han visto incitados a acortar su producción para que los precios no descendan por debajo de un punto en el que las granjas puedan tener un beneficio en la venta. Por otra parte, los demócratas han apoyado con todas sus fuerzas estas subvenciones a los precios basándose en que la agricultura no podría, de otro modo, conservar su proporción en los ingresos nacionales, ya que está menos organizada que la industria.

Estos fueron, esencialmente, los temas sobre los que Goldwater y Johnson se encontraron divididos. Se observará que en las cuestiones domésticas, así como en la política extranjera, los asuntos eran importantes, y los votantes dieron su opinión acerca de estas materias fundamentales.

Los equipos científicos acaban con el "misterio" electoral

El aspecto alarmante de las elecciones de 1964 es que el juicio colectivo que ellas significaban fue conocido rápidamente. Este es un factor que estará presente de ahora en adelante en las elec-

ciones de todos los países. Conocemos los resultados de las campañas electorales antes de que comiencen, gracias a la perfección, en rápido desarrollo, de nuestros equipos modernos de escrutinio científico y los resultados de esto amenazan con ser desastrosos.

Los republicanos sabían, desde el momento en que Goldwater ganó la nominación, que las dos partes del electorado estarían contra él si iba más allá de lo que la gente quería en el campo del programa con el que se había visto asociado ya públicamente. Sabían también que o bien debía modificar sus puntos de vista para hacerlos más aceptables a los votantes independientes, o bien debía tratar de sacar a la palestra alguna otra cuestión de tal importancia que consiguiera llegar a ser decisiva para la elección. Según las cosas iban avanzando, Goldwater intentó hacer las dos cosas.

Limó sus ataques contra las Naciones Unidas; fue más cauto en sus proposiciones para extender las operaciones militares de su país en el Vietnam o para enviar fuerzas de invasión a Cuba; ofreció un apoyo limitado al cuidado médico para los ancianos, y aseguró a los granjeros que, aunque deseaba algún día abolir las subvenciones a los precios, no lo haría hasta que «algo mejor hubiera sido encontrado que pudiera ser sustituido gradualmente por ellos».

Sin embargo, en su mayor parte, los seguidores republicanos de Goldwater empezaron a apoyarle cada vez más en la cuestión racial como una posible fuente de apoyo y de votos. Basaron esta expectativa en el hecho de que las comunidades blancas, tanto en el Sur como en el Norte, se han visto incomodadas cada vez más este año por la nunca vista violencia de las demostraciones raciales, y tienen miedo de que si la discriminación en los empleos existente contra los negros es abolida, los trabajadores negros que se han acostumbrado a trabajar por un sueldo inferior puedan ser empleados para reducir los salarios. Una visión general tomada por el partido demócrata mostró que el 80 por ciento de todos los votantes que normalmente hubieran apoyado a un candidato demócrata, admitían que tenían un cierto sentimiento de hostilidad con respecto a los negros, aunque sólo un 5 por ciento dijo que éste era lo suficientemente fuerte para hacerles desear votar contra Lyndon Johnson.

Barry Goldwater intentó establecer repetidas veces en la mente del público un lazo entre el tanto por ciento creciente de la criminalidad del país (se está elevando cinco veces más rápidamente que el crecimiento de la población) y el movimiento en defensa de los derechos de los negros. Llamó la atención sobre la elevación de la criminalidad en Washington, D. C., que tiene una población negra de un 54 por ciento, y dijo que era una desgracia nacional. Sin embargo, pasó por alto el hecho de que en su propia ciudad de origen, Phoenix, Arizona, que tiene solamente un 5 por ciento de población negra, ¡el porcentaje de criminalidad es una tercera parte más alto que el de Washington! El actual ministro de Justicia, Nicholas de B. Katzembach, presentó estadísticas mostrando que, en realidad, hay una correlación extremadamente pequeña entre el porcentaje de la población negra y el porcentaje de criminalidad en las ciudades norteamericanas. Los disturbios raciales, que han tenido tanta publicidad en ciudades como Nueva York, dieron, sin embargo, una gran fuerza a la siguiente afirmación de Goldwater: «Nada prepara mejor el camino hacia la dictadura que la imposibilidad de los agentes públicos para guardar las calles libres de rufianes y merodeadores». Dijo que él «haría que las calles fueran seguras para nuestras mujeres».

Mientras que Goldwater tuvo una actitud moderada en este punto, algunos de sus seguidores

Por primera vez en veinte años, los demócratas han tenido la oportunidad de presentarse como campeones de una legislación doméstica liberal y como "Partido de la Paz"

republicanos no lo fueron tanto y parte de la bibliografía empleada en la campaña hubiera sido apropiada para los tiempos de Hitler. Tengo ante mis ojos, por ejemplo, un panfleto del Partido de los Derechos de los Estados Nacionales, que trabajaba en favor suyo, que dice lo siguiente: «¡Ciudadanos blancos! [Los negros y los judíos mezcladores de razas trabajan en favor de la comunista y «honrada» ley de la vivienda! Vosotros podríais ser encarcelados por negaros a vender vuestro hogar a un negro... Un grupo revolucionario de orgullosos predicadores negros y de sebosos rabíes se precia de planear la destrucción del último refugio de la raza blanca: ¡el hogar!».

También, en un panfleto publicado por la «Liga de Trabajadores a favor de Goldwaters», se expresaba el temor de que Lyndon Johnson estuviera preparando la firma de una ley permitiendo la inmigración de «un millón de «coolies» muertos de hambre por año, provenientes de África y Asia a América para hacer la competencia en cuestión de puestos de trabajo a los obreros americanos».

¿Fueron efectivas tales apelaciones? Ciertamente no han tenido tanto efecto como se predijo, aunque en algunos Estados —notablemente en California— causaron la derrota de los candidatos demócratas que eran el soporte de Johnson.

Los coletazos desesperados de Goldwater

En las etapas finales de la campaña, cuando se hizo visible que los votos contra los derechos civiles no serían suficientes para evitar la victoria de Johnson, que ya había sido prevista en los estudios anticipados, los republicanos se desesperaron todavía más. Los asuntos básicos fueron olvidados cada vez más, a medida que el candidato, que iba perdiendo, buscaba ansiosamente un tema que pudiera volver atrás la suerte que se le presentaba desfavorable. En un momento determinado se inclinó por el tema de la moralidad, tanto pública como privada. La corrupción de alguno de los asociados más íntimos del Presidente fue sacada a la luz y, realmente, el vicio del soborno entre los burócratas del régimen de Johnson es una reminiscencia que proviene de la época de Truman. El legítimo ataque a los legisladores que deseaban ardientemente vender votos a cambio de favores pronto degeneró en una campaña general, ostensiblemente a favor de la «moralidad», que en el tiempo en que el público conoció el caso Jenkins había adquirido tintes francamente pornográficos. La nación fue informada, hasta en sus detalles más minúsculos, del caso de un ayudante administrativo de Johnson que había sido encontrado en un lugar público en unión de un compañero en una situación que atentaba contra la moral. Los republicanos afirmaron que un hombre semejante sería víctima fácil para cualquier intento de chantaje por parte de agentes hostiles, y que esto ponía en peligro toda la seguridad nacional. Al mismo tiempo dijeron que era un buen ejemplo de la inmoralidad que estaba tan extendida en Washington.

Tan convencidos estaban algunos seguidores de Goldwater de que la cuestión de la moralidad les proporcionaría votos, especialmente entre la po-

blación femenina de la nación y en los sectores rígidamente religiosos, que habían preparado una película que estaba destinada a ser proyectada ante la nación durante un programa de televisión de media hora. En ella aparecía un gran coche —se presume que el del Presidente— haciendo eses por una carretera que representaba a los Estados Unidos, mientras que su conductor se balanceaba borracho de un lado a otro arrojando latas de cerveza por la ventana. Desde su introducción, el film pasaba rápidamente a varias escenas que, según indicaban los comentarios adjuntos, mostraban la falta de moral de los dirigentes de Washington. Había escenas de adolescentes íntimamente unidos en danzas sugestivas, y el monobikini fue mostrado con la fuerte sugerencia de que la Administración era responsable de algún modo también de eso. Sin embargo, Goldwater se rebeló al llegar a las partes de la película que mostraban los disturbios raciales; decidió que eran incitaciones a la violencia racial y ordenó que fuera desechada la película.

Probablemente es completamente exacto decir que en ninguna elección anterior llevada a cabo en los Estados Unidos han sido lanzadas apelaciones a los votantes a un nivel tan bajo, durante las últimas semanas de la campaña, como en la que acaba de concluir. Se ha sugerido que es el producto de nuestra era electrónica, en la que las tendencias pueden ser analizadas de un modo exacto y después proyectadas de tal modo por medio de computadores que nos es posible conocer, antes del día de la elección, qué candidato resultará elegido. Este hecho tiende a hacer que los que van perdiendo echen mano a sugerencias aventuradas y a temas falsos. De cierto modo, sin embargo, esto tiene todavía un efecto más pernicioso sobre los que van ganando.

Mucho antes de haber sido nombrado, Lyndon Johnson sabía que no había nada, excepto una catástrofe imprevisible, que le pudiera impedir el ser elegido. Esto tendía a hacerle inmóvil, ya que estaba persuadido de que si hacía alguna proposición contradictoria podría significar un obstáculo a esa victoria que de otro modo tenía por segura.

Aquí todo el mundo espera que el avasallador mandato que ha recibido Lyndon Johnson será interpretado por él y por la nación como una autorización para emprender un camino destinado a abolir la pobreza y a obtener el desarme, como él ha prometido. Por el momento estas cosas permanecen en el ámbito de lo deseable, pero son objetivamente inalcanzables.

Thomas Buchanan nos anuncia desde Washington el envío inmediato de un nuevo trabajo sobre las elecciones americanas, referido a un aspecto concreto de las mismas: los efectos que su resultado va a producir en el derrotado partido republicano. También expondrá sus previsiones con respecto a la Administración Johnson. Este trabajo será publicado en nuestro próximo número.